

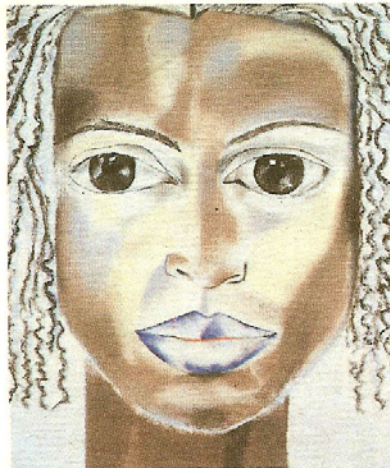
### Francesco Clemente

*Musas de Nueva York*  
Galería Javier López  
José Marañón, 4. Madrid  
Hasta el 20 de marzo

CASI 30 AÑOS DESPUÉS de la entonces célebre y hoy olvidada Transvanguardia italiana, que se sacó de la chistera Achile Bonito Oliva, al que la prensa española consideró durante una década como un dios, lo poco que de todo ello sobrevive ahora tiene nombre propio, como, por ejemplo, Francesco Clemente (Nápoles, 1952). Ya entonces, en 1980, parecía más singular que sus colegas, pero con el tiempo fue afianzando su distinción hasta encontrar acomodo en esa Nueva York aún apadrinada por el último Warhol, al que le gustaba proteger a artistas jovencitos en los antípodas de su estilo, como el frágil Basquiat o el dúctil Clemente. Aunque este último cuajó su peculiar forma de pintar, exquisitamente trabajada con la técnica de los primitivos italianos y los elegantes rasgos de los manieristas, y se fue creando un mundo simbólico personal, bien adereza-

do con gotas de erotismo y de referencias exóticas orientales, se supo finalmente amoldar al trepidante universo neoyorquino. Todo lo que sucintamente acabo de apuntar se sintetiza en el contenido de esta exposición, dedicada a las musas de Nueva York, que realizó en el ecuador de la década de 1990 y que ahora se exhibe, por primera vez, en nuestro país. Como las musas legendarias, se trata de nueve retratos de hermosas jóvenes neoyorquinas, que encarnan cada una un prototipo racial. Esta idea de una serie de cabezas frontales, de gran tamaño, posee

una indudable filiación warholiana, pero que Clemente lleva a su propio terreno de sofisticación pictórica, no sólo porque estén realizadas con la técnica de pastel, sino porque el crisol fisonómico es una excusa para establecer un juego cromático de sombras, que parpadean dando un brillo singular a cada efigie dibujada de manera muy sintética. De esta manera, cada rostro es como una flor de largo tallo, que se distingue por la forma en que sus reflejos son verdes, amarillos, azules o naranjas, ya que el primer plano frontal, acusadamente inexpresivo, no deja otra opción. Ni que decir tiene que el conjunto serial funciona como tal diapasón cromático, mientras que, desde el punto de vista simbólico, tiene su enjundia turística. Es verdad que nos produce esa desazón de cuando se traslada algo ilustrativo a lo pictórico, o de una revista a una galería, lo cual no se hubiera producido al insertarse en el contexto de todas las demás series de retratos de Clemente. Pero éste o cualquier otro reparo, más que producirme un rechazo personal —siempre me ha gustado el tono ácido de cómo pinta Clemente—, me vuelven un poco más melancólico. **F. Calvo Serraller**



*New York Muses XI* (1995), de Francesco Clemente.